

cias del drama. Burke terminó su discurso de esta manera, después de haber reseñado el gobierno de Hastings en la India, sus maldades y el alteza del acto que se estaba realizando:

«¿Dónde hallaréis un acto mayor de justicia na-

cional? Trátase de reyes oprimidos, de reinos despojados, de monarquías dadas al saqueo.

«¿Dónde hallaréis tan gran criminal, milores? ¿Viéronse jamás más iniquidades amontonadas sobre una misma cabeza? Nunca podrá tener la India



DUQUESA DE POLIGNAC

tales delincuentes; no puede criarlos. W. Hastings ha agotado todos sus recursos.

«¿Dónde hallaréis, milores, más grandes acusadores? Los comunes de Inglaterra (¡glorioso espectáculo!) separados de la India por las vallás de la naturaleza, por las tierras y los océanos, sienten las heridas hechas á los indígenas del Indostán, como sus propias heridas; piden justicia para sus hermanos, que distan de ellos en todo el diámetro del globo, y os claman: ¡Vengad esos ultrajes, que nos vengaréis á nosotros!

«¿Dónde hallaréis un tribunal á quien, más que á éste, convenga la justicia severa y completa? Ante el rey, los pares de Inglaterra, todos nuestros nobles, las antorchas de la religión, ante todos ellos acuso á W. Hastings. En esas manos depongo los intereses de la India y los de la humanidad; y los depongo sin temor; y yo, delegado de los comunes, acuso á W. Hastings de alta traición.

«Le acuso en nombre de la Gran Bretaña, en nombre del Parlamento, cuya confianza ha vendido.

«Le acuso en nombre de la Inglaterra, cuyo honor ha ajado.

«Le acuso en nombre del pueblo, cuyas leyes ha destruído, cuya libertad ha aniquilado, cuya propiedad ha saqueado, cuyo territorio ha asolado.

«Le acuso en nombre de las leyes sempiternas de virtud y justicia, que ha violado; le acuso en nombre de las leyes especiales y nacionales, que ha hollado.

«Le acuso, en fin, en nombre de la nación hu-

mana, á quien indignamente ha ultrajado en todas las edades, en todos los sexos, en todas las condiciones, con la extorsión y la rapiña, con la brutalidad y el envenenamiento, con el acero y con la tea.»

Toda la elocuencia de Burke no fué bastante para obtener la condena de Hastings. Sus amigos, la corte, se aprovecharon de la marcha de los sucesos públicos en Francia para distraer la atención pública de aquel hombre, de quien se decía que, sin la pensión que le pasaba la Compañía de Indias,



DUPONT DE NEMOURS

moriría de hambre; y, por fin, allá en 1796, cuando ya había pasado la generación enemiga de Hastings, y Europa, y aún el mundo, tenía otras cosas en qué ocuparse, Hastings fué absuelto y pudo retirarse á su casa paterna para acabar en el retiro los últimos días de su vida.

Hé aquí cómo el célebre historiador inglés juzga á Hastings y su obra:

«Cuando se examina en su conjunto la larga administración de Hastings, no puede negarse que á los grandes crímenes que la manchan es posible oponer grandes beneficios..... Respecto de la administración anterior, á pesar de todo lo que mancha su obra, Hastings merece ser considerado como uno de los hombres más notables de nuestra historia. A una anarquía espantosa sucede un orden verdadero, bien que rudo é imperfecto; organiza la justicia y el impuesto; establece ó consolida la paz en toda la extensión de un territorio que no era inferior en población á los estados de Luís XVI ó del

emperador José... Tanto mejor se considera la justa gloria de Hastings cuanto más se reflexiona sobre el hecho de no haber sido educado para llegar á ser un hombre de Estado; que de la escuela pasó al escritorio, y que en su juventud fué empleado como agente comercial y, por consiguiente, lejos de toda sociedad intelectual... Gracias á un singular equilibrio de su alma, dispuso á su voluntad de todos los recursos de uno de los espíritus más fértiles que jamás hayan existido; así, jamás complicación peligrosa alguna pudo arrojarle en una extrema confusión. Para cada espinoso caso tenía pronta una invención, y piénsese lo que se quiera de la justicia y de la humanidad de algunas de ellas, lo cierto es que rara vez dejaron de alcanzar el fin á que estaban destinadas..... Los constantes éxitos de Hastings, la manera con que triunfaba de cada dificultad, le hacían objeto de una admiración supersticiosa, y el esplendor más que real que algunas veces desplegaba, alucinaba un pueblo que, por su

carácter, se acerca mucho al niño. Más de medio siglo ha transcurrido, y los naturales de la India hablan de él como del más grande de los ingleses, y las madres hacen dormir á sus criaturas cantándoles una balada en que no se habla sino de los caballos y de los elefantes de *Saib Warren Hosteni.*»

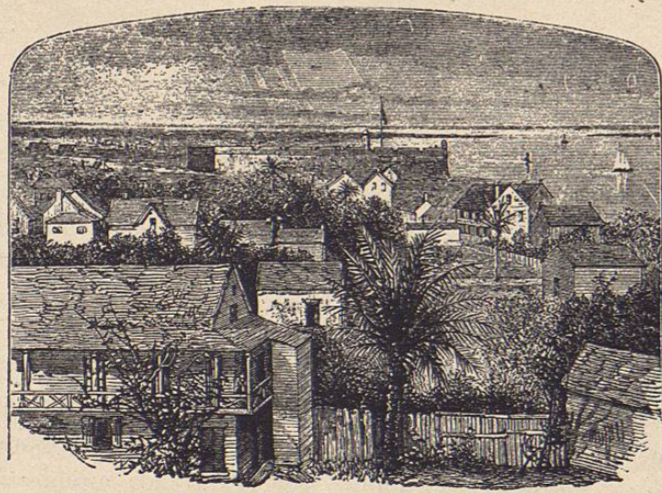
Esta es la moral inglesa, y en el transcurso de la historia del siglo XIX, hallaremos más de un Hastings que no encontró menos disculpa por parte de historiadores á quienes su genio y su ciencia parecía que habían de hacerles superiores á los mezquinos provechos de la política.

Reflexionando ahora un momento sobre la influencia que la guerra de las Indias pudo tener en la caída del antiguo régimen, se comprende sin pena que llevó también su parte. En los mares de la India, como en los mares de las Antillas, los marinos azules y los marinos rojos no podían entenderse, y lo que salvó á Suffren de la suerte de Estaing fué la distancia; de otro modo, no fueran los que, en su odio por los plebeyos ilustres, llegasen á imaginar su entrega á los enemigos de su patria, los que se retiraran, sino que fuera Suffren el destituido.

Ahora bien; esto, que era público y notorio, no

podía menos de avivar los odios de las clases populares contra una aristocracia que, porque había olvidado el arte de vencer á los enemigos de la Francia en los campos de batalla, no quería que este arte se rejuveneciera por los segundones y por la burguesía que lo sabía. De aquí que en los puertos de mar en donde los rojos y azules estaban juntos, las disputas y las riñas fueran diarias, y de aquí que el pueblo tomara partido por los azules, en quienes veía sus hijos y sus obras. El último de los grandes marinos de la Francia del antiguo régimen, fué víctima de una de estas disputas. Suffren habló como creyó en justicia de los sobrinos del príncipe de Mirepoix, que habían servido á su lado, y el príncipe pidió una reparación por las armas, á la que se obligó á Suffren, que no podía batirse á causa de su extrema obesidad, que no le dejaba libres sus movimientos; pero se batió, y el héroe y el bailio que tanto había hecho por la Orden de Malta, murió en el duelo,—8 de Diciembre de 1788,—de una estocada que el príncipe tiró á... su vientre.

Estas eran las hazañas de los nobles del antiguo régimen. Serán los advenedizos los que, cuando llegue la última hora, se harán matar á los piés del trono y por la monarquía.



Santa Agustina



## CAPITULO VIII

### CONVOCACION DE LOS NOTABLES

Cómo se forma el espíritu de oposición.—Errores económicos de Calonne.—El Déficit.—Efecto terrible que hizo su confesión en la corte y en el país.—Consecuencias.—Medidas propuestas por Calonne para extinguirlo.—Pide la convocación de los notables.—Resístese el rey y Calonne persiste.—Quiénes eran los consejeros de Calonne: Clavière, Tayllérand y Mirabeau.—Reúñense los notables.—Esperanzas del partido liberal reformista.—Carta de Lafayette á Washington.—Abrense las sesiones.—Proyectos que se presentan á su deliberación.—Oposición sistemática de los notables.—Interviene el rey.—Es desoído.—Lafayette pide que se convoquen los *Estados generales*.—Actitud del clero.—Maniobras del arzobispo de Tolosa.—Llega el conflicto al período álgido.—Calonne publica su famosa advertencia Gubier.—Indignación de los notables.—Destitución de Montlozier.—Cómo cayó Calonne.



UANDO tanto necesitaba la monarquía francesa de orden y reposo, para curar las llagas que los acontecimientos últimos le habían abierto, con peligro de su robusta constitución, cuando tanto le convenía una era de paz y de progreso para hacer olvidar los desastres de la guerra y apaciguar las enemistades que en el interior había producido, y lograr, con la concordia y el bienestar de todos, que se olvidaran las ligerezas de la reina, que, desde la absolución del cardenal de Rohan, se desataba á insultos, lo mismo contra los miembros del Parlamento que contra los parisienses que habían puesto de moda para las señoras unos sombreros llamados «á lo cardenal» ó «del collar», vino Calonne á confesar lo que todo el mundo tenía de sobras olvidado, pero que ahora, en boca de un ministro, tenía una significación terrible: esto es, el déficit.

Los pueblos necesitan concretar, sintetizar mucho sus ideas, para declararse en abierta oposición con

lo existente; los que no han notado esto, se asombran de que las más grandes revoluciones tengan por punto de partida orígenes tan pequeños y modestos. Lo cierto es, sin embargo, que en una fórmula breve y sencilla, al parecer, se encierra todo el programa de una revolución; programa que, las más de las veces, no ven cumplido los que lo formulan, y del que salen en su desenvolvimiento histórico multitud de principios que, por ser lógicos, se imponen, sorprendiendo terriblemente por su novedad á los más ardientes revolucionarios, que creen exageración de unos cuantos, ó desviación de la obra emprendida, la que, como hemos dicho, no era mas que una consecuencia lógica del punto de partida dado.

Hagamos justicia á los hombres del antiguo régimen. Calonne, al confesar el déficit, al confesar que se había equivocado sobre la naturaleza de los recursos de la Corona, que creía inagotables, y al indicar que no había más remedio que convocar á